

La Peste de Moscú, 1771

La epidemia de peste que tuvo lugar en Rusia entre los años 1770-1772, conocida también como la peste de 1771, constituyó el último gran brote en la Rusia central, en la que murieron alrededor de 200.000 personas, cerca de 60.000 únicamente en Moscú, entre un sexto y un tercio de su población total.

Danilo Samoilovich¹ (también escrito Samoïlowitz), médico ruso, escribió una Memoria sobre la peste, obra dedicada a “*Su Majestad Imperial Catalina II*”, en la que informaba que esta enfermedad ya había atacado furiosamente su país durante el siglo XVII, “*pero sin penetrar en la Pequeña Rusia, sólo Ucrania y los alrededores del río Poltava. En julio y agosto de 1654 la peste fue muy cruel y causó gran mortandad, muriendo numerosos soldados de la guardia del zar, así como sacerdotes, por lo que cesaron los servicios religiosos en las iglesias y en las parroquias. La peste se extendió por el Imperio hasta Astracán y Kiev; fue en 1655 cuando devastó estas dos ciudades y sus alrededores, aunque ignoramos de dónde provenía. La peste reapareció en el año 1738-1739, cuando el Imperio estaba en guerra contra los turcos*”.

Charles de Mertens², médico de origen francés, otro de los grandes historiadores de esta epidemia, reportó en su libro *Traité de la peste, contenant l'histoire de celle qui a régné à Moscou en 1771* que “*durante la guerra de los turcos de 1736, la peste infectó la guarnición rusa de Ochakov, de donde fue transportada a Ucrania, pero no penetró más lejos*”³. Entre Samoilovich y de Mertens se produjo un gran desencuentro, pues el primero afirmaba que el médico francés tenía un escasísimo conocimiento médico sobre la materia que trataba, y que además se adjudicaba méritos que no le eran propios. En la segunda edición de su libro, de Mertens respondió a Samoilovich y negó todas sus acusaciones. Al final de este artículo se encuentra un resumen sobre las recriminaciones del doctor ruso y las justificaciones del médico francés.

Durante el siglo XVIII, Ucrania sufrió trece episodios pestíferos, espaciados entre ocho y quince años. Los historiadores rusos afirmaron que la enfermedad siempre provenía de las regiones turcas del oeste y sudoeste, y es de notar que la expansión rusa durante estos años se dirigió hacia zonas cercanas al mar Negro, donde existían colonias de roedores que sufrían epizootias pestosas. Por tanto, el gobierno imperial ruso estableció en 1740 la primera estación de cuarentena en Vasilko (actual Vasykiv, centro de Ucrania), y un servicio adicional de cuarentenas que coordinara los esfuerzos y controlara los movimientos sospechosos de gentes y mercancías.

¹ Nacido en Ucrania, estudió medicina en San Petersburgo, convirtiéndose en Cirujano Mayor del Senado y “Asesor de los médicos del Emperador de todas las Rusias”. Formó parte de la Comisión contra la peste y en 1783 fue publicado su libro sobre la peste de Moscú, *Mémoire sur la peste qui, en 1771, ravagea l'empire de Russie, surtout Moscou la capitale, et où sont indiqués les moyens de s'en préserver*.

² Médico francés que sirvió en Rusia durante la epidemia de Moscú. Practicó su oficio en Viena y más tarde fue recomendado para ejercerlo en la capital rusa. La experiencia adquirida durante la peste de esta ciudad fue trasladada a un libro, publicado en latín en 1778, *Observationes de febribus putridis, de peste*; luego fue traducido al francés (1784) y al inglés (1799).

³ Johann Friedrich Schreiber, profesor de Medicina en la Academia de San Petersburgo, publicó en 1740 una historia sobre esta peste bajo el título *Observationes et cogitata de pestilentia, quae annis 1738 et 1739 in Ukraina grassata est*.

La gran epidemia rusa de 1770-1772 se inició en Moldavia y Valaquia (sur de la actual Rumanía), zonas controladas por el imperio turco. Rusia estaba en guerra⁴ con este país desde 1768 y las armadas de los dos ejércitos marchaban y contramarchaban a lo largo de esta área fronteriza, llevando probablemente la epidemia con ellos.

Samoilovich estaba adscrito al Regimiento Kaporsky como cirujano, y con él estuvo presente en las campañas militares de Polonia, Moldavia y Valaquia. En 1769, el general Johann Christoph von Stoffeln recibió orden del Conde Pyotr Rumyantsev-Zadunaisky, Gran Mariscal General y Gobernador de la Pequeña Rusia⁵ de atacar Giurgiu, la última ciudad de Valaquia sobre el Danubio. Allí se celebraba una populosa Feria en la que numerosos turcos y mercaderes de aquellas regiones llevaban sus mercancías. La ciudad y la fortaleza fue fruto del pillaje, sin tener conocimiento que allí reinaba la peste. Stoffeln pudo comprobarlo en Bucarest, capital de Valaquia, donde había conducido a los prisioneros turcos junto a los productos que se presentaron en la Feria. Según Samoilovich, *“ellos extendieron el contagio pestilencial por medio de nuestras tropas, y los habitantes del país fueron las víctimas de esta conquista. El Conde Rumyantsev ordenó al general Stoffeln pasar sin demora a Yassi, capital de Moldavia⁶, y obligar a realizar cuarentenas rigurosas y poner a los apestados en un hospital construido expresamente cerca de esta ciudad. Mandó muy pronto al doctor Orreus⁷, médico muy hábil, para llevar a acabo la inspección sobre el servicio de su sanidad y administrar a estos desgraciados todos los socorros necesarios”*.

El contagio pasó de Iași a Chotzim (actual Khotin, Ucrania), ciudad fronteriza de Moldavia⁸ con Polonia, situada al borde del río Dniester, *“y de allí a Polonia y de esta a Kiev en agosto, en la Pequeña Rusia, y en el mes de septiembre a Sevsk, la primera ciudad de la Gran Rusia, de donde pasó a infectar Moscú, la capital, en el mes de*

⁴ Los conflictos militares entre Turquía y Rusia se remontan al año 1678, cuando se produjo la primera guerra turco-rusa. Tras la paz de Nyssa de 1739, que ponía fin a la cuarta contienda entre estos dos países, los agentes rusos se infiltraron en los Balcanes con el objetivo de promover levantamientos contra el imperio otomano, y en 1767 lo consiguieron en Montenegro. En aquel momento, los rusos ansiaban disponer de un puerto marítimo y libre navegación por el mar Negro. Sin embargo, los hechos que precipitaron la guerra fueron los acontecimientos sucedidos en Polonia, pues las tropas rusas se afincaron en suelo polaco tras el fin de la Guerra de los Siete Años que se libró en Silesia, con el fin de mantener en el gobierno al rey Estanislao II, antiguo amante de la reina Catalina II de Rusia. Tras varios altercados con los rebeldes polacos y escaramuzas en territorio turco, el Sultán Mustafá III exigió la salida de los rusos de Polonia, y como éstos se negaron, fue declarada la guerra (6 de octubre de 1768).

Rusia debía enviar una Armada hacia las regiones del río Danubio para impedir el soporte turco a Polonia. Por esto el campo de batalla tuvo lugar en Moldavia y Valaquia. La guerra terminó en 1774 y Rusia, vencedora, consiguió el protectorado de Crimea; obtuvo los puertos marítimos de Azov y Kinburn en el mar Negro a cambio de renunciar a diversas regiones danubianas; recibió una indemnización de guerra por parte de los turcos y Polonia fue repartida entre Rusia, Austria y Prusia.

⁵ Se entendía por “Pequeña Rusia” a parte de la actual Ucrania, en el margen este del río Dnieper. La Gran Rusia correspondía a la Rusia europea, conocida en la Edad Media como Gran Ducado de Moscú.

⁶ La República de Moldavia, también llamada Moldova, es actualmente un país independiente (había pertenecido a la Unión Soviética hasta 1991) cuya capital es Chişinău. Yassi, la actual Iași, una de las ciudades más pobladas de Rumanía, fue la capital histórica de Moldavia.

⁷ Médico finlandés, recibió en 1768 en Rusia el diploma que lo reconocía como el primer Doctor en Medicina de este país. En 1770 combatió la epidemia de peste que afectaba al ejército ruso y después prestó sus servicios en Moscú, donde obtuvo el cargo de Oficial Médico. En 1784 publicó en San Petersburgo un libro sobre sus experiencias, *Descriptio pestis quae anno 1770 in Jassia, et 1771 in Moscva grassata est*.

⁸ Las tropas rusas destacadas en Focşani (actual Rumanía, cerca de la frontera moldava), a medio camino entre Bucarest y Iași, descubrieron los primeros casos de peste en enero de 1770.

diciembre". En Transilvania, al oeste de estas regiones, fueron afectadas dieciocho de sus ciudades, reportándose 1.624 casos y 1.204 muertes, extendiéndose el contagio desde el sur al nordeste de Polonia.

Samoilovich encontró los primeros apestados en Braïlow (actual Brailiv, Ucrania), ciudad turca de Valaquia: *"allí pude ver un chico enfermo de peste y su madre me aseguró que estaba afectado de "tchouma"*⁹. Pronto le pedí si podía mostrarme el lugar que la peste ocupaba sobre el cuerpo de su hijo, pero me respondió que no debía tocar, por temor a apestarse ella misma. El chico, que tenía bastantes fuerzas a pesar que hacía doce días que estaba enfermo, me mostró un bubón que ocupaba su ingle derecha. ¿Y cómo, pregunté a la madre, podéis protegeros toda la familia durante este tiempo de peste? Ella respondió que simplemente absteniéndose de tocar al enfermo y todo aquello que lo rodea o ha tocado. Enseguida que la peste se manifiesta en su pueblo, todos los habitantes advierten al capitán del tchouma, que tiene el deber de visitar a los apestados como si fuera un médico o un cirujano; y desde que cae enfermo en alguna casa, al instante se debe poner el signo en la puerta y advertir al capitán, que en ese momento visita al enfermo. Si él cree que está atacado de peste y es verano, como ahora, ordena salir al enfermo fuera de la casa con todas sus pertenencias. Si es invierno, lo ingresan en un lugar para apestados; y si muere alguno, los tchoklis¹⁰ lo recogen y lo entierran. Cuando el enfermo se restablece, es lavado diversas veces en el río, igual que sus pertenencias, y se lo envía de regreso con su familia".

En un principio, el General Stoffeln rechazó evacuar las ciudades infestadas y había forzado a los médicos de la Armada para que encubrieran el brote. Poco después, el doctor Orreus, que había identificado la enfermedad, hasta el momento llamada "fiebre maligna", reportó la noticia directamente al Conde Rumyantsev, que puso a la tropa en cuarentena. De los 1.500 soldados afectados por la enfermedad entre mayo y agosto de 1770, sólo sobrevivieron 300. Stoffeln fue uno de los fallecidos. A partir de aquel momento se establecieron cuarentenas rigurosas, se limpiaron las casas de apestados en todas las ciudades y pueblos afectados. Sin embargo, la epidemia alcanzó Kiev a principios de 1770. El gobernador reaccionó ante la enfermedad obligando a los apestados a permanecer en sus casas y quemar sus pertenencias. Los familiares y amigos cercanos de los fallecidos fueron ingresados en la isla de Trukhanov, en el río Dnieper. Los distritos rurales donde se reportaron casos de peste fueron aislados en "áreas limpias" y el Monasterio de Kirilovsky fue transformado en un lazareto. Pero a finales de año se reportaron 3.400 muertes.

Fue suspendido todo comercio entre Kiev y Moscú, y a lo largo de las grandes rutas comerciales se pusieron guardias de seguridad que impedían el acercamiento a la ciudad si antes no se habían pasado las cuarentenas en regla, de varias semanas de duración.

A pesar de este grave brote epidémico, los responsables políticos de Moscú, una ciudad en la que vivían de manera fija alrededor de 100.000 personas, no quisieron reconocer que existía peste en territorio ruso. Después de todo, hacía treinta años que en Moscú no se declaraba ningún caso de esta enfermedad. Incluso la emperatriz Catalina II escribió a

⁹ *Tchouma* es una palabra de origen turco que significa peste, y es utilizada en Turquía, Polonia y Rusia. Según Samoilovich, "el tchouma bouon es la afección menos grave y sólo aparece el bubón; en cambio, el tchouma réve es más grave y aparecen también carbúnculos y la mortandad se produce súbitamente".

¹⁰ *Tchoklis* era el nombre que se daba en Moldavia y Valaquia a los enterradores de apestados. Se trataba de gente de la más baja condición. La mayoría eran alcohólicos y estaban a las órdenes del capitán del tchouma. Muchos de estos tchoklis llevaban cosido a su turbante un amuleto, el carbúnculo de un apestado, cortado y secado, que eran vendidos en secreto a la población, a un precio muy elevado.

Voltaire una carta en la que intentaba tranquilizarlo sobre los efectos de la epidemia, diciéndole que *“los muertos por la peste resucitarán en el momento en que se produzcan los combates militares”*.

Los puntos donde se efectuaron durante años y de forma habitual las cuarentenas médicas habían demostrado que eran útiles para evitar la entrada de la peste en el país, pero únicamente en tiempos de paz. Sin embargo, se mostraron insuficientes cuando coincidieron con la guerra. El sistema sanitario entendía las epidemias como si se tratara de amenazas exteriores, centrándose en el control de fronteras y prestando menor atención a las medidas domésticas. En agosto de 1770 la peste alcanzó la ciudad de Bryansk, a 379 km. al sudoeste de Moscú. Catalina II rechazó admitir públicamente que existía la enfermedad en sus fronteras, aunque por las cartas dirigidas al gobernador de Moscú, el Conde Pyotr Saltykov, se evidencia que era claramente consciente de la naturaleza y de las proporciones de la amenaza.

Los primeros casos de peste en Moscú aparecieron a finales de noviembre de 1770, cuando el anatomista del Hospital Militar fue atacado por una “fiebre pútrida petequial” que lo mató al tercer día. De Mertens escribió que *“los enfermeros del hospital convivían con sus familias en habitaciones separadas, y en una de ellas cayeron enfermos, unos tras otros, hasta once personas, incluidas las mujeres. Se trataba de una enfermedad aguda pútrida con petequias y en algunos casos presentaban bubones y carbúnculos. La mayoría de ellos murieron entre el tercer y quinto día, y el mismo mal con síntomas parecidos afectó también a los enfermeros de la otra habitación”*.

El 21 de diciembre, Afanasy Shafonsky, cirujano del hospital, identificó la enfermedad como peste bubónica, por lo que aconsejó una cuarentena estricta. Sin embargo, su superior, el médico de origen alemán Franz Andreas Rinder, desestimó el informe y consideró a Shafonsky como un incompetente y un provocador de pánico.

En el Consejo médico reportado al día siguiente, en el cual de Mertens aseguró que había tomado parte, se consideró oportuno el punto de vista del cirujano y se alertó a la zarina y al Conde Saltykov. Rinder continuó difamando a su subalterno, e incluso firmó una declaración oficial (21 de enero de 1771) en la que aseguraba que no se trataba de peste sino de una simple fiebre pútrida. Como no se reportaron más casos en el Hospital Militar, donde según de Mertens fueron afectados ochenta y cuatro enfermeros y sólo sanaron dos, las autoridades confiaron en ese dictamen y no prestaron mayor atención al contagio. Seis semanas después de fallecer el último apestado, fueron quemadas todas las ropas y pertenencias de los enfermos, incluso la casa de madera donde habían sido ingresados. Una vez que todo fue saneado, el Hospital reabrió a finales de febrero. Rinder moriría de peste durante el verano de aquel año.

Un segundo brote epidémico afectó a finales de febrero de 1771 a la población de Zamoskvorechye, distrito densamente poblado del centro de Moscú. Se trataba de una gran fábrica textil situada cerca del río en la que estaban ocupados tres mil obreros, de ambos sexos, cuya tercera parte, aproximadamente, pertenecía a las clases más pobres y vivían en la planta baja del edificio.

Los encargados de la fábrica intentaron encubrir el contagio, enterrando los cadáveres por la noche, secretamente. Los trabajadores se aterrorizaron y huyeron de la zona, dispersando el contagio por toda la ciudad. Finalmente, el 10 de marzo, las autoridades aceptaron el hecho. Muchos comerciantes y campesinos que vendían sus mercancías en la ciudad fueron afectados por la enfermedad, provocando una gran escasez de alimento.

El doctor Yagelsky, en aquel momento segundo médico del Hospital Militar, fue enviado a aquella fábrica por el Gobernador General. A la vuelta informó que había encontrado algunos enfermos, ocho según de Mertens, *“atacados del mismo mal que había visto tres meses atrás entre los enfermeros del Hospital Militar, con petequias, carbúnculos y bubones. Nos dijo aún que vio siete cadáveres con las mismas marcas y cuando interrogó a estos obreros para saber cómo y desde cuándo había empezado este mal, ellos le respondieron que fue en enero, cuando una mujer que tenía un tumor en la mejilla se había refugiado en casa de unos parientes y murió. Desde ese momento, cada día aparecía un nuevo obrero que era atacado por la enfermedad. Ellos aseguraron que desde entonces hasta el día de hoy, contando los siete cadáveres que permanecían sin enterrar, habían muerto 117 personas”*.

De Mertens informaba que se celebró una Asamblea de trece médicos, entre los cuales se encontraba él, y que únicamente dos, los doctores Kuhlmann y Skiadan¹¹, que tres meses antes habían reconocido la peste entre los enfermeros del Hospital, negaron que se tratara de esta enfermedad, y afirmaron abiertamente, incluso en una relación que mandaron al Senado, que se trataba de una fiebre pútrida, argumentando que los muertos en la ciudad no habían aumentado. El día 11 de marzo se deliberó sobre las medidas a tomar. De Mertens escribió que *“se cerraron las casas infectadas y se pusieron guardas para que nadie pudiera entrar ni salir. Muchos de los que se encontraban encerrados escaparon por las ventanas y el resto fue transportado, durante la noche, fuera de la ciudad. Los obreros sanos fueron conducidos al Monasterio Simonov, uno de los más ricos de Moscú (fundado en 1370 y derruido por los bolcheviques en 1923), y los enfermos al Monasterio Nikolo Ugresh (fundado alrededor de 1380 y parcialmente destruido en 1920), ambos rodeados por altas murallas y con una única salida”*. Al encontrarse personas muertas entre los obreros que vivían en sus propias casas, se encerró a todos los supervivientes en un tercer Monasterio, el Svyato-Danilov (fundado en el año 1303 y cerrado a los creyentes en 1920), también fuera de la ciudad, en la ribera derecha del río Moscova.

La peste se extendió por la ciudad y las clases ricas de Moscú, incluyendo la nobleza y oficiales del gobierno, que huyeron de la ciudad a principios de la primavera de 1771, a menudo dejando sirvientes en sus casas para que las cuidaran. Rápidamente se crearon cuarentenas forzadas; se destruyeron las propiedades contaminadas sin ningún tipo de compensación y se cerraron los baños públicos para que no se agrupara la gente, a pesar de que eran utilizados al menos una vez por semana, todo lo cual causó el miedo y la rabia entre los ciudadanos. La economía de la ciudad quedó paralizada porque fueron cerradas muchas fábricas, mercados, almacenes y edificios administrativos, provocando una gran escasez de alimentos que hizo duplicar sus precios y causó un grave deterioro en las condiciones de vida de la mayoría de moscovitas. En el mes de abril se reportaron 665 muertos en la ciudad y 79 en los hospitales¹².

Las gentes que vivían en hogares infectados trasladaban sus pertenencias a otras casas para evitar que fueran incineradas por la autoridad. Los familiares de las víctimas de peste enterraban secretamente los cuerpos o los depositaban anónimamente en las calles para evitar que sospecharan de sus casas. Pronto empezaron a morir decenas de personas en un solo día y los cadáveres fueron acumulándose, siendo enterrados al principio en

¹¹ La misma información es ofrecida por el doctor Orreus en la obra referenciada anteriormente.

¹² La relación mensual de muertos en la ciudad y en los hospitales se ha recogido de Samoilovich, quien los recopiló de la lista impresa por la Comisión de la Peste y la Memoria de los Registros del Senado.

sepulcros. Supervisados por la policía, los convictos condenados servían para retirar los muertos de las calles, enterrarlos y transportar los enfermos a los lazaretos.

Según de Mertens, la ciudad se dividió en siete barrios y a cada uno de ellos se destinó un médico, dos cirujanos y miembros de la policía para que todos los enfermos y cadáveres fueran examinados. El General Pyotr Dmitriyevich Yeropkin, Comandante en Jefe de Moscú, fue nombrado Director General de Sanidad, y el doctor Orreus, que había regresado del frente militar, fue requerido para que visitara los enfermos y analizara los cadáveres. Una vez hecho esto, aseguró que *“esa enfermedad se parecía completamente a la que él había visto antes en Moldavia y Valaquia, y que era verdaderamente la peste”*. En el mes de mayo se reportaron 795 muertos en la ciudad y 56 en los hospitales.

De Mertens añadía que *“en el mes de junio se produjeron cerca de 200 muertos en el Hospital-Monasterio Nikolo Ugresh, pero la epidemia no parecía ir a más, pues el número de enfermos y muertos disminuía día a día, al punto que durante una semana entera, en que la estación fue muy cálida, nadie enfermó de peste y en el Hospital sólo permanecían los convalecientes y no se encontraba ningún vestigio de la peste en la ciudad. A los obreros de la fábrica se les permitió regresar a sus hogares y era previsible que la peste hubiera sido definitivamente erradicada gracias a las medidas sanitarias puestas en marcha. Pero a finales de junio empezaron a enfermar los ciudadanos que pasaban cuarentena en el Hospital-Monasterio Simonov. El 2 de julio, en una casa del barrio Preobraginsky murieron seis personas durante la noche y una séptima que vivía con ellos, huyó. Sobre los cadáveres se hallaron manchas lívidas, bubones y carbúnculos.*

Durante los días siguientes se registraron muchos enfermos en diversos barrios de la ciudad y la mortalidad aumentó hasta producirse 10-15 decesos diarios, hasta que a finales de julio se pasó, de un día al otro, a 200 fallecimientos diarios. A mediados de agosto los muertos ascendían a 400 cada día y a finales del mismo mes se llegó a 600, observándose entonces más bubones y carbúnculos que en julio. A principios de septiembre se contaban 700 muertos diarios, y algunos días después ya ascendió a 800 y poco después a 1.000”. En el mes de junio se reportaron 994 muertos en la ciudad y 105 en los hospitales; y en julio, 1.410 en la ciudad y 298 en los hospitales.

Samoilovich explicaba que regresó a Moscú en el mes junio y se incorporó sucesivamente a los tres Hospitales para apestados que se habían creado en la ciudad, donde fue atacado tres veces *“por esta cruel enfermedad”*. Contaba que el cirujano encargado del Hospital-Monasterio Nikolo Ugresh, aterrado por la gran mortandad, dimitió de su cargo y pidió al Senado que nombrara un sucesor, pero nadie quería hacerse cargo de tan peligroso trabajo, *“era en aquel momento cuando todo virtuoso ciudadano hubiera podido señalar su celo por la patria, pidiendo ocupar esta plaza vacante. Pero se vio con el mayor dolor que, de todos a los que se hizo la propuesta, ninguno quiso aceptar. “Yo tengo mi propia casa”, decía uno; “yo tengo hijos”, decía otro; y un tercero se excusaba sobre una multitud de Prácticos de la ciudad; al fin, en lugar de prestarse, por deber y por estado, al servicio de los desgraciados, emplearon mil pretextos para defenderse, a pesar de trabajar todos para la Corona”*.

Samoilovich se presentó en casa del doctor Yaguelsky y conversaron sobre el incremento de la epidemia. Este médico le rogó que lo acompañara a visitar enfermos apestados por los diferentes barrios de la ciudad, y poco después fueron a ver al General Yeropkin para explicarle lo que habían visto. Samoilovich le informó que se habían encontrado enfermos con bubones y algunos con carbúnculos y petequias. No había ninguna duda que se trataba de la misma peste que devastaba Valaquia y Moldavia y que

“era de la mayor importancia informar al pueblo que debía evitar completamente el contacto con los enfermos o con quienes los cuidaban”.

Para sustituir al cirujano dimitido, el Colegio de Medicina nombró al doctor Pomaransky, aunque no fue una gran elección, pues *“como era de una constitución muy débil, temía por su vida y los cansancios y los peligros del contagio lo aterraban. Sabiendo por mis observaciones que casi todos los que sienten temor, mueren, le propuse evitar el peligro reemplazándolo por mí mismo, y rogué a este médico que hablara con el doctor Gravé, Cirujano Mayor, para proponer al general Yeropkin que yo iría voluntariamente a este Hospital para cuidar a los apestados”.*

Yeropkin aceptó la propuesta de Samoilovich, y a finales de junio se dirigió al Hospital-Monasterio Nikolo Ugresh, que contaba en aquel momento con una veintena de apestados, aunque un mes más tarde ya aumentó a doscientos, *“de los cuales tuve la felicidad de salvar a más de la mitad”.* En este Hospital fue donde el médico contrajo la peste por primera y segunda vez: *“los síntomas eran bastante graves, pero desaparecieron pronto, a excepción de un bubón que llevé en la ingle y que, al día siguiente, se encontró considerablemente aumentado; sin embargo, como todos mis otros síntomas graves estaban calmados, ya podía levantarme de la cama y pasearme por mi habitación.*

Al día siguiente, mis síntomas habían disminuido aún más, de manera que pude salir de la casa para tomar el aire, aunque el dolor de mi bubón no cesaba. Al segundo día me encontré en estado de visitar a mis enfermos. Mi bubón estaba en el mismo estado, sin ningún signo de supuración. Finalmente, al cabo de unos días, en lugar de supurar, pareció curar por sí solo. Pasaron algunas semanas y volví a tener los mismos síntomas que la vez anterior, con la diferencia que el bubón apareció en la ingle izquierda. Los síntomas se disiparon de la misma manera y el signo visible, el bubón, volvió a desaparecer sin la menor supuración al cabo de unos días”.

Cuando la epidemia de peste se hizo más intensa, el Senado creyó necesaria la apertura de un nuevo Hospital para apestados, eligiendo el Monasterio Simonov, que hasta aquel momento sólo había albergado a los obreros sanos de la fábrica textil.

El General Yeropkin nombró a Samoilovich como cirujano responsable y este ingresó en el Hospital a finales de julio, llegando a tratar a 1.600 pacientes hasta el mes de septiembre, cuando cayó enfermo de peste por tercera vez: *“los síntomas fueron de lo más terribles, pequeñas petequias me cubrieron todo el cuerpo y me vi obligado a guardar cama durante una semana entera. Sin embargo, tuve la felicidad de sobrevivir a estos graves síntomas y salvar mi vida por tercera vez”*¹³. Entonces, Yeropkin lo hizo evacuar el día 16 y fue enviado, no sin incidencias¹⁴, al Hospital-Monasterio Svyato-Danilov para pasar la cuarentena, pues *“si hubiera permanecido más tiempo en los hospitales, sin duda la peste hubiera podido atacarme una cuarta vez y quizás en esa ocasión no la habría podido superar y habría muerto como tantos otros”.*

¹³ Quizás en esta ocasión no se trató de peste, sino de tifus, fiebre tifoidea o incluso alguna otra infección.

¹⁴ Samoilovich explicaba que *“en aquel momento, el populacho se había rebelado contra todos los médicos y cirujanos. Yo caí el primero entre las manos de los revoltosos, que se habían apostado frente al Monasterio Svyato-Danilov. Ellos quisieron saber quién era yo y después de golpearme, me preguntaron si era el cirujano que tenía cuidado de los enfermos de ese hospital. El temor a morir de una muerte tan horrible me determinó, lo reconozco, a mentir, negándoles que yo fuera el cirujano que buscaban, lo que me salvó la vida. Estos exaltados, creyendo lo que yo les decía, se apartaron de mí y me dejaron entrar en el Hospital, esquivando a los ingratos que querían matarme”.*

Samoilovich reconoció que todos los ayudantes de cirujano que estuvieron con él en estos Hospitales de apestados sufrieron la enfermedad, *“a pesar que yo puse todo mi empeño para conservarlos, aplicándoles cauterio, hasta dos y tres a los más corpulentos o administrándoles los remedios necesarios como preservativos. Pero a pesar de revestirlos con trajes y guantes de tela embadurnada con cera, exhortándoles a no dejarse abatir por el temor, mostrándoles, para animarlos, los signos externos de la peste que yo llevaba en mis ingles, en una palabra, procurándoles todo para conservarles la vida, el éxito no fue más feliz y de quince ayudantes de cirujanos que tuve, sólo pude salvar a tres”*.

A finales de agosto, la frustración y el miedo de las clases bajas de Moscú llegaron a su punto límite, pues al incremento de precios y a la escasa ayuda del Gobierno, se unía una falta extrema de atenciones médicas, que en muchas ocasiones eran efectuadas por médicos extranjeros. El 29 de agosto corrió el rumor que los médicos mataban a los pacientes y que en el Hospital de Lefortovo (sureste de Moscú) se administraba arsénico a los enfermos. Una muchedumbre bloqueó las entradas de este Hospital exigiendo explicaciones, y tres días más tarde se produjo un grave enfrentamiento entre la población y los soldados que fueron enviados para enterrar a los fallecidos, que durante este mes ascendieron a 6.412 en la ciudad y 845 en los hospitales.

El momento álgido de la peste tuvo lugar en septiembre, cuando murieron miles de moscovitas, 19.761 en la ciudad y 1.643 en los hospitales, aunque se cree que muchos escaparon a las estadísticas y los residentes, aterrorizados que sus propiedades pudieran ser destruidas por las autoridades, encubrían las defunciones de manera rutinaria y enterraban los muertos durante la noche o simplemente los lanzaban a la calle. Las autoridades dispusieron cuadrillas formadas por presos para recoger y enterrar los cuerpos, pero sus fuerzas eran demasiado escasas para una tarea tan ingente¹⁵.

El Gobernador, Sergei Saltykov, incapaz de controlar la situación, abandonó su puesto y el Jefe de policía hizo lo mismo. Fue declarado el estado de emergencia y se cerraron comercios, mesones, tabernas, fábricas e incluso iglesias, y toda la ciudad fue puesta bajo cuarentena.

La mecha que desencadenó la tragedia se produjo unas semanas más tarde, entre el 15-17 de septiembre, cuando un nuevo rumor se extendió entre la población moscovita: se decía que el icono que representaba a la Madre de Dios de Bogoliubskaja¹⁶ podía curar a los enfermos. Parece ser que dos hombres fervorosos empezaron a coleccionar monedas para cubrir la imagen con un manto de plata. Se dijo que el Arzobispo Ambrosius (Amvrosii) se apoderó del dinero recogido. El 15 de septiembre, para evitar que la muchedumbre se congregara en aquel lugar, lo cual facilitaba enormemente el contagio, el propio arzobispo decidió trasladar el icono a otra ubicación. Se extendió el rumor que el religioso, que fue considerado “enemigo del pueblo”, quería destruir el icono, y cuando los hombres que debían retirarlo se presentaron allí, fueron golpeados por el

¹⁵ De Mertens contaba que al principio se recurrió a los condenados a muerte o a trabajos forzados para trasladar y enterrar los cadáveres. Cuando estos faltaron, *“se encargó el trabajo a los pobres, que recibieron un sueldo. A cada uno de ellos se les entregaba una manta, guantes y una máscara, hechas de tela untada con cera. Les prevenimos que no tocaran jamás un cadáver con las manos desprotegidas. Ellos rechazaron obedecernos, pareciéndoles imposible que alguien pudiera caer enfermo por el mero hecho de tocar los cuerpos muertos y sus vestidos, atribuyendo más bien los efectos del contagio a una fatalidad inevitable. Perdimos miles de ellos, que raramente permanecían en activo más de una semana, y según los inspectores de sanidad, lo más frecuente era que enfermaran al cuarto o quinto día de trabajo”*.

¹⁶ Este icono se encontraba en Varvaskie, una puerta de la muralla en el céntrico distrito de Kitai gorod, separado del Kremlin por la plaza Roja.

gentío. La nota oficial sobre el caso decía que obreros, dependientes, mercaderes y sirvientes se dedicaron al pillaje del Monasterio de Chudov (fundado en 1358, cerrado en 1918 y desmantelado en 1929), situado en el Kremlin, residencia del arzobispo. Éste consiguió escapar hacia el Monasterio Donskoy¹⁷, que fue asaltado al día siguiente y donde lo asesinaron sin contemplaciones, liberando a los apestados que cumplían cuarentenas allí, y también en el Monasterio Svyato-Danilov.

El 17 de septiembre, todo aquel gentío, alrededor de 1.000 personas, parece ser que fuertemente embriagadas, se congregaron en la puerta Spasskiye, junto a la plaza Roja, y exigieron a las autoridades que se les entregara al general Pyotr Yeropkin, a quien consideraban responsable de tanta mortandad en la ciudad. Ante la lógica negativa, los rebeldes intentaron atacar el Kremlin y entonces fueron embestidos por soldados a caballo, con los sables desenfundados. Cuando los aterrorizados ciudadanos huyeron en masa fueron disparados con mosquetes y cañones. En total, murieron 78 personas y 269 fueron arrestadas.

Sin embargo, los líderes de la revuelta que sobrevivieron aún tuvieron el valor de pedir al gobierno ciertas concesiones: que los entierros se efectuaran en los cementerios, que se anularan las temidas cuarentenas obligatorias, que volvieran a abrirse los baños públicos y los mercados y se perdonara a todos los arrestados.

De Mertens escribió que *“el pueblo no quería tomar precauciones, diciendo que eran en vano todas las disposiciones, pues esta calamidad pública no era más que un castigo de Dios por haber abandonado el antiguo culto religioso. Añadían que los que debían morir ya estaban predestinados y que no podía evitarse su suerte, pues la cólera divina debía ser apaciguada abandonando todos los socorros humanos. Este populacho, en su frenesí, quiso vengarse de los males que lo afligían en aquellos que trabajaban en su servicio y pretendían preservarlos de la enfermedad. Después de haber inmolado a una víctima en su ciega rabia, se dirigieron hacia los médicos y los cirujanos.*

Algunas de estas personas saquearon mi casa, destrozando todo lo que encontraron; buscaron también a los otros médicos y cirujanos y persiguieron a los que intentaban escapar. La providencia nos salvó a todos de sus manos. Yo me escondí durante cuatro días, por orden del Consejo, en la “Casa de los niños encontrados”, con el fin de preservar mejor mi seguridad”.

El 26 de septiembre fue creada una Comisión¹⁸ de emergencia formada por médicos locales (con Orreus al frente), administradores, negociantes y religiosos y dirigida por el Conde Grigori Orlov¹⁹, quien tomó medidas urgentes contra la epidemia y consiguió dar empleo y alimentos a la población, que fue definitivamente pacificada.

¹⁷ El Monasterio de Donskoy (fundado en 1591 y cerrado en 1918), el mayor de Moscú, se encuentra al sur del Kremlin

¹⁸ Esta Comisión fue también encargada de procesar a los participantes de la llamada “rebelión de la peste”: cuatro de ellos fueron ejecutados y ciento sesenta y cinco adultos y doce adolescentes fueron condenados a penas diversas. También fue condenada la campana de la iglesia utilizada para llamar a la rebelión, y por orden de la Emperatriz Catalina II, fue cortado su badajo.

¹⁹ Grigori Grigorievitch Orlov (1734-1783), aristócrata ruso, hijo del Gobernador de Novgorod, se convirtió en el favorito de la zarina Catalina II, a la que dejó embarazada. Ella disimuló su gestación y en 1762 dio a luz un niño a espaldas de su marido, el Emperador Pedro III. El 28 de junio del mismo año, Grigori y su hermano Alexis, Comandante de las fuerzas navales rusas, conspiraron contra el emperador y consiguieron apartarlo del trono y que abdicara en favor de Catalina II.

Samoilovich contaba que Orlov declaró en un Manifiesto que *“había sido enviado por la Emperatriz, y que ella estaba informada que era la peste la enfermedad que atacaba tan cruelmente su capital y sus alrededores. Que la opinión contraria debía ser rechazada como un error peligroso y que todos los habitantes deberían acatar las ordenanzas salidas de Su Majestad Imperial, del Senado y del Consejo de los Médicos”*.

Tras publicar el Manifiesto, Orlov convocó una Asamblea de todos los Médicos y Cirujanos de la ciudad para que respondieran a las preguntas siguientes:

1. *¿La epidemia que ataca con tanta furia a la gente de esta capital, es verdaderamente la peste?*
2. *¿El pueblo queda apestando por el aire, o simplemente por el contacto de algunos cuerpos o mercancías apestandas?*
3. *¿Cuales son los medios más seguros para no quedar apestando?*
4. *¿Hay algunos medios para la curación de los apestandos, y cuáles son estos medios?*

Samoilovich añadía que todos los médicos y cirujanos *“respondimos unánimemente que la enfermedad que atacaba la ciudad y los alrededores era la peste, sin duda. Que no existe en el aire y que el aire no provoca jamás la enfermedad, pero que los individuos se apestan ellos mismos por el contacto de sus cuerpos o de sus mercancías apestandas. A la tercera pregunta, en mi turno, respondí de forma parecida a la segunda pregunta: que ningún apestando debería tener ninguna comunicación con nadie ni exponerse a la gente y no recibir de nadie ninguna mercancía u otros efectos mobiliarios; que las casas habitables debían estar limpias y aireadas y que sería necesario lavarse muy menudo con agua pura y fresca, a la cual podría añadirse un poco de vinagre. Sobre la cuarta pregunta, el Príncipe Orlov prefirió que se celebrara una nueva Asamblea en la que médicos y cirujanos acordarían cuales serían los remedios más efectivos”*.

A partir de aquel momento se mejoraron los servicios de cuarentena²⁰, se dejaron de requisar y destruir propiedades, se volvieron a abrir los baños públicos y se autorizó el comercio, por lo que aumentaron las existencias alimenticias y se organizaron trabajos públicos. También se derrumbaron 3.000 residencias en mal estado y se desinfectaron 6.000 casas.

De Mertens informaba que *“para destruir todos los gérmenes pestilenciales se arrancaron las puertas y las ventanas de las habitaciones donde habían residido apestandos; se perfumaron estos lugares con la fumigación antipestilencial y las viejas casas de madera fueron enteramente demolidas”*. Estas medidas lograron modificar la opinión de la población ya que mejoró ostensiblemente su calidad de vida.

Al iniciarse la estación fría²¹, las tasas de contagio fueron suavizándose paulatinamente, y aunque en octubre aún resultó devastadora, pues se reportaron 14.935 muertos en la

²⁰ Variaron la duración de las cuarentenas en función de los diversos grupos que la formaban. Además, los enfermos serían atendidos por gente sana y se les pagaría su estancia.

²¹ De Mertens explicaba que la primera helada se produjo el día 10 de octubre, y que después de este día *“la enfermedad fue menos cruel y el miasma pestilencial menos fijo. El número de enfermos y de muertos disminuyó gradualmente y el curso de la enfermedad, que poco antes era de uno, dos o tres días, se alargó hasta cinco o seis, y ya no se encontraron en los apestandos manchas petequiales tan grandes ni otras manchas ni carbúnculos; eran únicamente los bubones los que se encontraba en casi todos los enfermos. El gran frío que reinó durante los dos últimos meses del año (por la mañana, el termómetro de Réaumur marcaba entre 16-22 grados de congelación), enervó tanto la violencia del miasma pestilencial, que los que asistían a los enfermos y enterraban a los muertos eran los que menos fácilmente se*

ciudad y 2.626 en los hospitales, la epidemia de peste fue reduciendo gradualmente su intensidad. En noviembre murieron 3.466 personas en la ciudad y 1.769 en los hospitales, y el día 15 del mismo mes, Catalina II declaró oficialmente el fin de la enfermedad, aunque a principios de diciembre aún morían 20-30 personas diarias y las defunciones continuaron hasta marzo de 1772 (en diciembre, 819 muertos en la ciudad y 489 en los hospitales. Durante el periodo de enero a marzo sólo se produjeron fallecimientos en los hospitales, 121, 78 y 30, respectivamente).

La Comisión de la Peste, en concordancia con la Memoria de los Registros del Senado reportaron que el total de muertes en Moscú fue de 59.207 personas (49.268 en la ciudad y 8.939 en los hospitales), aunque probablemente fueron muchos más.

El doctor Samoilovich añadía que *“en todo el Imperio Ruso murieron 134.605 personas”²², pues Moscú no fue la única ciudad expuesta a esta devastación; diversas ciudades del Imperio compartieron el desastre con la capital, como Vasylkov, Kiev, Pereiaslav, Koseletz, Nizhyn, Chernigov (todas ellas en la Pequeña Rusia) y algunas poblaciones de los alrededores, en la Gran Rusia, como Sevsk y Bryansk, sin hablar de las fronteras de la Tartaria de Crimea o la Tartaria de Cuban”*.

En realidad, se estima que el número total de muertos pudo alcanzar las 200.000 personas, sin duda una de las peores epidemias de toda la historia.

Según de Mertens, la peste se cebó en el pequeño pueblo y prácticamente no afectó ni a nobles ni a mercaderes ricos. Entre tantos desaparecidos, *“sólo me consta la muerte de tres gentiles hombres que fueran atacados de peste y muy pocos buenos burgueses, y solamente trescientos extranjeros de la más baja condición; el resto, fue el pequeño pueblo ruso”*.

Cabe añadir que en invierno, un buen número de nobles regresaban a la capital de todas las partes del Imperio, llevando consigo un gran número de criados. Mucha gente del pueblo, que durante el verano era empleada en trabajos rústicos, retornaba a Moscú en invierno para ganarse la vida en otros oficios. Esta aglomeración de gente llenaba la ciudad desde diciembre hasta marzo, cuando volvían al campo, de manera que durante el verano, el número de habitantes era una cuarta parte inferior a la de invierno. Es de suponer que un buen número de esta población flotante, conocedora que en Moscú reinaba la peste, permanecieron durante aquel invierno en sus residencias campestres.

En el mes de febrero de 1772, según de Mertens, fueron descubiertos más de 400 muertos que, en el año anterior, habían sido enterrados en las casas. Samoilovich afirmaba que eran más, y cuando reportó el número de fallecidos mensuales, añadió que *“el nombre de aquellos que, habiendo sido enterrados clandestinamente en las casas, o en los Jardines, suman 1.000. Porque la Comisión contra la Peste realizó búsquedas minuciosas para que no quedara ningún cadáverapestado enterrado en la ciudad. Ello produce una gran suma que nadie habría declarado, pues hasta entonces los entierros eran desconocidos y se pudo encontrarlos a todos. Enseguida fueron exhumados y transportados a los Cementerios exteriores a la capital por los mismos que en los hospitales estuvieron encargados de enterrar a los muertos”²³*.

contagiaban y se resentían de los efectos más lentos; y que muchos apestados, aún estando ligeramente enfermos, mantenían una actividad diaria incluso presentando bubones”.

²² De Mertens aseguraba que en todo el Imperio Ruso fueron infectadas más de 400 ciudades.

²³ Desde que la peste afectó a Moscú, se empleó a los obreros de las fábricas y a los criminales para que atendieran a los enfermos en los hospitales y para enterrar a los muertos; pero, después que varios de ellos hubieran sobrevivido a un primer contagio, quisieron servir de forma voluntaria, aunque cobrando

Con la intención de controlar el auge de la enfermedad, las autoridades prohibieron los entierros en los cementerios del interior de la ciudad. A cambio, construyeron otros nuevos fuera de los límites de la urbe. Este anillo de cementerios, establecido en 1771, como Vagankovo y otros, sigue existiendo hoy en día. Algunos se han ampliado, como Dorogomilovo, y otros se destruyeron y ahora se han convertido en parques públicos, como Lazarevsko. El cementerio Rogozhskoye, al este de Moscú, se convirtió en un centro religioso muy querido por los creyentes, que sigue vigente hoy en día.

La devastación causada por la peste forzó al gobierno a bajar los impuestos y frenar el reclutamiento militar en las provincias afectadas, lo cual redujo las capacidades militares del estado. Los políticos se dividieron en dos grupos: unos eran partidarios de mantener la campaña militar en Moldavia y Valaquia, y los otros preferían abandonar la guerra contra los turcos y tomar territorios polacos como compensación, pues estas tierras suponían una gran fuente de ingresos. Catalina II decidió que se harían las dos cosas: la partición de Polonia y el mantenimiento de la guerra en el sur, que duró hasta 1774, como ya se ha comentado anteriormente.

Los acontecimientos de 1770-1772 consolidaron la idea que las epidemias de peste provenían del extranjero, especialmente del sudeste de Europa y del Asia central. El territorio ruso fue considerado ajeno a los contagios y no se le prestó una especial atención. Pero en 1775, 1786 y 1800 fue ampliada la red de puestos de cuarentena a lo largo de las fronteras, tomándose especial cuidado en reportar información sobre cualquier incidente. Las cuarentenas fueron particularmente estrictas alrededor de la región del Cáucaso, donde los brotes epidémicos siguieron produciéndose a lo largo del siglo XIX.

La primera investigación especializada contra la peste fue llevada a cabo por el Instituto Imperial de Medicina Experimental de San Petersburgo, fundada en 1890, y seguida en 1897 por el laboratorio Fort Alexander, conocido como “Fuerte de la peste”.

Para finalizar este artículo, se tratará sobre la sorprendente crítica, devastadora, que Samoilovich hizo de de Mertens y de su obra²⁴, la cual se inicia en el capítulo XXIV de su *Mémoire sur la peste*. Dice así: “*Que se me permita, en esta obra, una pequeña digresión relativa a uno de los médicos convocados, que tenía entonces una gran reputación en Moscú, sin saber sin embargo la lengua nacional y que, después de haber dejado Rusia se hizo pasar en Europa por un muy célebre Autor, dando una obra sobre la peste de 1771 que devastó el Imperio de Rusia y sobre todo Moscú. Este célebre Práctico, habiendo sido interrogado por el Senado sobre si pensaba que la epidemia que empezaba a afectar Moscú era la peste o no lo era, respondió que, no habiendo visto jamás la peste, y como no conocía los síntomas internos ni los signos externos de la enfermedad, no podía responder a la pregunta. Los Senadores estuvieron muy contentos por la sinceridad de su respuesta y lo colmaron de elogios.*

Yo mismo, siendo Cirujano Mayor del Senado, he ido varias veces a hablar de este asunto con nuestros Senadores. Pero yo no puedo rendirle el mismo honor, ni a su obra tampoco, pues es necesario ser honesto, y yo lo creo poco fundado en sus observaciones. He tenido el honor de ser miembro de la Comisión contra la peste y

un salario muy considerable. Cada vez que hacía falta exhumar un cadáver, se vestían con el traje típico, consistente en una gruesa tela, con guantes ordinariamente de piel y se tapaban la nariz con un pañuelo empapado en vinagre. Después de enterrar estos cadáveres, estaban obligados a quedar ellos y sus caballos en las cuarentenas, y después de veinte o treinta días se les volvía a llamar si había necesidad. Ninguno de ellos fue contagiado de nuevo por la peste.

²⁴ De Mertens publicó su obra, en latín, en el año 1778, y Saimolovich la suya, en francés, en 1783.

puedo asegurar que nuestro Autor no ha tenido la ocasión ni de ver tres veces esta cruel enfermedad. Y esto sólo sucedió al principio del contagio, tiempo en el cual era imposible escrutar a fondo todos sus síntomas internos y externos. Digamos además que no ha asistido jamás a ninguna de nuestras Asambleas mientras el contagio estaba en su punto culminante. Tampoco ha servido en ningún barrio²⁵ de la ciudad para verificar los enfermos apestados, como otros muchos que sí tuvieron ocasión de adquirir conocimientos justos y precisos.

¡Qué confianza puede tenerse en una obra que, aunque bastante bien compuesta como para merecer los elogios de los sabios, nos es más que el fruto de opiniones vagas que el Autor ha mantenido con los que han estado en los Hospitales de apestados y en el cual el Autor se ha apropiado de las observaciones de otros, contra las Leyes del honor que nos impide usurpar lo que no nos pertenece! ¿Cual es entonces el mérito de nuestro Autor, que dice que fue el primero en asegurar al Senado que la enfermedad que afectaba Moscú era verdaderamente la peste?

Él dice que cuando llegó su Alteza el Príncipe Orlov a la capital, ordenó a médicos y cirujanos que dieran separadamente y por escrito cada una de sus observaciones sobre la peste. Es verdad que las órdenes de este príncipe fueron éstas, pero nuestro Autor no estaba en aquel momento en la ciudad. La prueba es que los nombres de todos los que las dieron y que asistieron a las Asambleas fueron todos impresos, excepto el suyo.

Leyendo a este Autor, veo que él se honra también de haber preservado la Casa Imperial de los Huérfanos, y yo no veo de qué manera, a menos que sea por su propia imaginación, pues vemos los que reporta la Comisión contra la Peste sobre esta Casa: “La Casa Imperial de los Huérfanos ha producido un ejemplo muy impresionante y que para nosotros será siempre una lección muy importante”.

En efecto, todo el tiempo que la peste afectó Moscú, esta Casa albergó en su internado a más de mil personas, tanto niños como domésticos. Y como esta Casa estaba cerrada por todos lados, sin tener ninguna comunicación con la ciudad, y no se daba permiso a nadie para entrar ni salir, se salvó tan felizmente que no se produjo ni un sólo apestado.

Yo me pregunto, ¿cómo es posible que nuestro Autor ose asegurar públicamente que conservó esta Casa? Pues, o estaba encerrado dentro, o no lo estaba. Si estaba encerrado, ¿cómo tuvo la ocasión de profundizar en los síntomas y en los signos de la peste de los enfermos, hasta el punto de dar una obra tan completa, si allí no se presentó ningún caso? Y si él no estuvo allí, pues ciertamente no podía entrar, entonces no debe decir que preservó la Casa Imperial de los Huérfanos...

Leyendo aún otras aseveraciones de este Autor, uno estaría tentado de creer en su palabra, por ejemplo cuando dice que “al visitar a los apestados, siempre hemos estado muy cerca de ellos”. Él insinúa probablemente que no hace falta temer mucho a la peste, pero es necesario evitar escrupulosamente todo contacto. Yo le doy la razón en este punto, y yo creo que lo ha evitado escrupulosamente, puesto que no ha visto más que tres veces a los apestados, ¡y sólo al principio de la epidemia!

Que se juzgue después de esto la justicia de las descripciones de este Autor; que se razone sobre la peste según los síntomas internos y los signos externos que él ha relacionado; que se decida sobre la eficacia de los remedios que él propone sin

²⁵ Moscú fue dividida en doce barrios desde el principio de la invasión de la peste; pero cuando el contagio se agravó e infectó a más personas, se dividió en catorce.

haberlos administrado; que se reafirme sobre la veracidad de sus propuestas que él se ha apropiado y ha acomodado a su gusto.

En fin, que se juzgue al menos de la manera más severa sobre el peligro de una enfermedad sobre la cual él ha escrito una historia a partir de su imaginación y que al principio no conocía en absoluto. Me parece que no debo decir nada más para demostrar que un obra como esta no es más que una recopilación de sus conversaciones con los que sí estuvieron en los Hospitales de apestados. Pues, ¿no es después de observar la naturaleza cuando se pinta el cuadro?

Charles de Mertens se defendió de todas las acusaciones de Samoilovich en la Introducción de su *Traité de la Peste* (versión francesa aparecida en el año 1784, un año después de la publicada por el médico ruso), donde explicó que “*en todas las ciencias, principalmente las de la medicina, ha habido siempre opiniones diferentes sobre los mismos sujetos de especulación y de teoría: la observación, base de toda verdad en medicina como en física, no está a salvo de las diferencias y de las disputas. Convencido de no haber dicho nada que no fuera verdad, de lo cual estoy totalmente persuadido, creo que cumplí con mi deber cuando se publicaron en 1778 mis observaciones sobre la peste. Si la tolerancia, en cuanto a las opiniones, es una cualidad necesaria para el bien de la sociedad y para el progreso de las ciencias, no es posible tenerla si existe falta de respeto o simple calumnia.*

Un hombre al cual yo no he hablado en mi vida, aunque durante un tiempo hubiéramos vivido en la misma ciudad, el Señor Samoilovich, antiguo cirujano y hoy doctor en medicina, me calumnia de la manera más ruin en una obra que cuenta en su cabecera con los nombres de diversas Sociedades de Sabios; una obra que incluso ha dedicado a la Gran Soberana, a la que yo tuve el honor de servir y que se dignó en protegerme.

En el capítulo XXIV y en otros apartados de su libro titulado “Mémoire sur la peste”, impreso en Paris en 1783, él asegura que a pesar de lo que yo dije, no reconocí la peste al principio; dice que no he asistido jamás a ninguna de las Asambleas durante el tiempo que el contagio permaneció en su máximo apogeo; que no preservé la “Casa de los niños encontrados” en Moscú; que no curé ni traté a apestados aparte de estos “niños encontrados”, ni a los huérfanos cuyos parientes murieron de peste; que es falso que a la llegada del Conde Orlov yo hubiera sido consultado de forma particular y que, como yo lo he hecho notar en mi Tratado, dejara mi opinión de forma separada y por escrito, puesto que no estaba en aquel momento en la ciudad; él dice aún que yo me he apropiado de las observaciones de otros y no he escrito nada más que después de oír a los demás; que yo no he visto como máximo más que a tres enfermos atacados de peste, y esto únicamente al principio, por lo que era imposible escrutar todos los síntomas internos y los signos externos.

Él añade también que dije en el Senado que no habiendo visto jamás la peste, no conocía sus particularidades, y que así yo no podía responder a la pregunta de si la epidemia que se iniciaba era o no la peste. Es verdad que yo proferí, en lengua rusa, ante los Senadores en Asamblea, que yo no había visto jamás la peste; pero añadí que durante aquel periodo, el mal que estaba entonces en Moscú era tan diferente de las enfermedades ordinarias conocidas, y se parecían en todos sus síntomas a la peste, tanto como los mejores autores la habían descrito, que yo tomaba a Dios por testimonio que estaba persuadido que se trataba de ella.

Las pruebas que yo presento son diversas cartas y certificados, la carta del Señor Yeropkin que estaba presente como Senador, lo cual reporta al doctor Orreus²⁶, que se encontraba en aquel momento en Moscú y estaba instruido de todo lo que pasaba sobre la peste. “Yo mismo, dice el Señor Samoilovich, siendo cirujano mayor del Senado, he oído varias veces a nuestros senadores preconizar al Autor”. Es a mí a quien designa. Pero es evidente que los senadores no habrían apoyado públicamente a un médico que hubiera dado una respuesta tan inepta y tan sin sentido, como la que se supone que yo di en uno de los momentos más críticos para el bienestar de una gran parte de este vasto Imperio.

¿Por qué razón es necesario que, después de haber sufrido durante varios meses, a principios de 1771, en el seno de una gran parte de la nación Rusa, las molestias que las cábalas de la maldad y de la envidia, unidas a la ignorancia de tres médicos pudieron causarme, porque yo fui de los primeros en pronunciar que la enfermedad que se me presentaba era la peste? ¿Por qué sorprendente contradicción es necesario que yo me vea ahora, doce años después, acusado públicamente de haberlo desconocido en aquel momento?

Para responder a todas estas acusaciones voy a presentar testimonios auténticos. Yo no inserté en la edición latina todas estas pruebas incontestables que avanzo porque yo no imaginé que nadie podría poner en duda, y aún menos, negar, todo lo que pasó unos años atrás ante los ojos de tanta gente. Por otro lado, estos testimonios son honrados y no pensé que me convendría publicarlos pues nada parecía que obligara. Más ahora me veo forzado a hacerlo para confundir a la calumnia.

Seguidamente, de Mertens insertaba en su obra diversas cartas y escritos, nueve en total, de distinta extensión, con los que pretendía demostrar su honestidad y la falsedad y mala intención de los comentarios de Samoilovich.

Sobre el episodio de la “Casa Imperial de los Niños encontrados”, de Mertens escribió un capítulo para dejar clara su participación en la preservación de aquella institución, aunque ya había avanzado que, al menos durante cuatro días, a mediados de septiembre, residió allí por orden del Consejo, con el fin de escapar a la furia de la muchedumbre, que en aquel momento señalaba al cuerpo médico como responsable de sus desgracias.

“Voy a detallar ahora los medios por los cuales yo conservé la “Casa de los niños encontrados” de Moscú al abrigo de la peste. De ahí cada uno podrá comprender cómo es posible que en tiempos de peste uno pueda preservarse a sí mismo, a su familia y a casas enteras, particulares y públicas. Gracias a la emperatriz Catalina II, en el centro de Moscú, a la derecha del Kremlin, en el distrito de Targansky, justo en la confluencia de los ríos Yauza y Moscova, se construyó en 1769 un edificio considerable con capacidad para cinco mil niños, aunque normalmente vivían unos mil de ellos y cuatrocientos adultos, entre los que se encontraban nodrizas, cuidadores de niños, maestros, obreros y soldados, que vivían en casas de madera alrededor del recinto, que tenía tres puertas de entrada y salida.

En el mes de julio, cuando me di cuenta que la peste se extendía por la ciudad, aconsejé a la Casa que cerrara todas las puertas excepto una, donde estaba el portero, y que no

²⁶ El doctor Orreus, en un Tratado de peste que acaba de aparecer en San Petersburgo, dice claramente que, excepto dos médicos, Kuhlmann y Skiadan, todos los otros afirmaron que se trataba de peste y lo dijeron en el Senado. Es de señalar que fue en el mes de marzo cuando fuimos reclamados por el Senado, y quien me discute mi pretendida declaración, estaba entonces en Besarabia o Valaquia.

se dejara entrar ni salir a nadie, sin permiso del Primer inspector. Pedí también que se comprara, en las tiendas que permanecían libres de contagio, gran cantidad de harina, paños, ropas, zapatos y muchas otras cosas necesarias. Cuando en el mes de agosto la peste hacía sus mayores devastaciones, no fue permitida la entrada a nadie excepto a mí. Di al portero una orden por escrito en la cual le detallé todo lo que podía dejar entrar y con qué precauciones. No permití la entrada de pieles, lanas, plumas, algodón, cáñamo, papel o sedas. Se dejaban pasar los panes de azúcar tras retirar el papel y la cuerda. Se picaban las cartas con una aguja, y después de haberlas empapado con vinagre, eran secadas con humo de madera de enebro.

Para todos los que permanecían en el recinto, estaba permitido hablar con sus parientes y amigos, que se disponían fuera de la puerta, a una cierta distancia²⁷. En octubre nos obligaron a comprar 200 pares de botas y de zapatos; yo los hice sumergir durante algunas horas en vinagre y luego se secaron rápidamente. Cuando alguna cosa me parecía sospechosa en un enfermo, lo alejaba de los otros hasta que estaba seguro que no tenía la peste. Y gracias a estas comprobaciones descubrí siete veces la peste entre los soldados y los obreros de la “Casa de los niños encontrados”; pero como yo los separé desde el primer indicio del mal, ninguno de ellos infectó a los demás. A partir del mes de julio ya no aceptamos ningún niño ni recibimos a más mujeres para atenderlos.

Cuando un niño entraba en la casa, pasaba la cuarentena. Yo los hacía desnudar, quemando primero sus pertenencias, y después de haberlos lavado con agua y vinagre se les daba otras ropas. Estos niños permanecían durante quince días en tres estancias, separadas del resto. Si pasaba ese tiempo y no aparecía ningún signo de peste entre ellos, se les cambiaba nuevamente la ropa y entonces eran puestos en un apartado del edificio central, donde permanecían quince días más, hasta que finalmente se los llevaba a las estancias comunes. Uno de los niños llegó presentando un bubón pestilencial y otros dos, durante el tiempo de prueba, tuvieron la peste con bubones. Los puse en las estancias que servían a tal efecto, con sus guardas, y de esta manera el contagio no fue más lejos. Así tuve la felicidad de arrancar de la muerte a cerca de 150 niños que fueron traídos a partir del mes de octubre.

²⁷ *Hice construir en la puerta dos barreras separadas por unos 3,5 metros una de la otra. La gente que pertenecía a la casa se disponía en la barrera interior, y los otros, en la exterior.*